

Antonio Requena Carrillo

Opinión

A Ismael, antiguo turbo. In Memoriam (Turbas I)

El viaje al fondo de la noche no se veía nada claro; los turbos compungidos y ateridos, desde las doce de la noche del jueves nos fuimos dirigiendo a nuestros cenáculos y tabernáculos de costumbre; el Belmonte, el Tata, el Chiri, el Pecas y el Aldo, entre los novicios, nos fueron recibiendo, con calor cariñoso, que falta nos hacía. Entre judías y chuletas y/o bacalao, fuimos entrando en "harina" y templando los tambores y clarines; café, cazalla y puro, tras una agradable sobremesa, el imprescindible y desastroso Miserere, ¡Si Don Miguel levantara la cabeza!, terminada la "parvedad" concluimos con una clarín que probablemente atronó al niño del golfo, el caso es que la noche fue aclarando aún persistiendo los dos grados de temperatura, en la calle claro.

Hacia las dos de la mañana, iniciamos, cada uno por su lado, camino del "gasto", calle Jorge Torner. En el trayecto pasamos a tomar café en casa de Ángel (el

Pecas) y allí se encontraba su gran amigo, el hermano Muro, con el que celebramos la dedicación de una pieza religiosa que le ha brindado nuestro gran director y compositor conqueño Pepe López Calvo, sobre el título: "A un viejo turbo", enhorabuena a los dos; y felicitémoslos todos, al suponer ello una muestra cultural más de nuestras inagotables TURBAS.

En el "gasto" como siempre el gran encuentro; pruebas y desafíos, en buena liz, entre clarines y tambores. Cada año se va más llevando, micro clarines que zumban "de madre" y a la contra, tambores enormes, que más parecen bombos y tampoco es eso.

A las tres de la mañana, recibimos a los Hermanos Mayores: Fco. Javier y J. Ricardo Ruipérez y a los jefes de las turbas, Félix e hijo Torrecillas. Abrazos, parabienes y gran pugna entre clarines y tambores, como sonarían,

que hasta vinieron vecinos de las heras del "tío Cañamón" (por cierto ancestro del Pecas), a aplaudimos.... Vamos la cara si nos descuidamos.

Hacia las cuatro de la madrugada partimos del "gasto", en el trayecto observamos gran afluencia de foráneos por Carretería y calle del Agua, no se podía pasar. Llegamos a la Puerta de Valencia, el grupo más numeroso con el jefe a la cabeza, subieron a recibir al Jesús, mientras, optamos por quedarnos en el cruce con Palomera (dado que la cosa no estaba clara con las fuerzas de seguridad) un pequeño grupo, Patiño, Fochi, Caballero, etc...

Una vez despejada la subida y atarecidos de frío, nos pasamos "al Chiri", donde su hermano el turbo nos quitó el frío tan ricamente, torrija viene, cazalla va. El duelo clarinero entre Patiño y Caballero, en un extremo de la barra; Fochi, Manolo Aguilar y

yo en el otro, fue de antología del clarín.

Desde la puerta nos anuncian la aparición del pendón por la herrería de "Marragolpes". Y comienza:

LA CARRERA. La Puerta de Valencia a tope. Desde un principio intentamos formar grupo, con los clarines que bajaban del Salvador, en el que debía ser nuestro sitio natural, delante del pendón, totalmente imposible. En puro acto reflejo de supervivencia optamos por seguir la misma marcha de hace ya muchos años; orilleando el lado izquierdo de Torres, Aguirre, Diputación y San Francisco, fuimos formando, junto al grupo de siempre; Patacos, Planchas, Pantaleones, Pelusas, Caballeros, Hilarios, Requenas; que unidos al grupo inicial ya descrito y los novicios, que vienen arreando, pues si llegaríamos a los cuarenta.

De esta guisa, fuimos desgranando lo mejor de nuestros clarines en: Puerta Valencia, taberna de Luis, posada de San Julián, casa de los Patacos (recordando a Emilio y Santiago), casa de los Requena, Tiradores Altos, montes (antiguo mausoleo de los Liberales), Diputación -Aguirre, kiosko de Jesús González, antiguo turbo; cruce a casa Santiago (tres clarínas), banco Zaragozano, la Martina, (conato de un hermano "alisonforado" resuelto por los capataces, oportunamente).

En estos momentos, sobre las siete y pico, Cuenca se había lanzado a la calle, ya nos costó cruzar Carretería, para lanzar la clarín en "la Maña". El Jesús divino, pero acelerando. Nos vimos negros para llegar al bar "Las Turbas", donde nos invitaron generosamente, como todos los años. Temperatura en la calle, tres grados, en el bar, cuarenta.

Soberbia clarín en la subida del hospital, dedicada a unas hermanitas, que nos prometieron interceder por nosotros; que diferencia cuando las beatas rancias, nos increpaban con el "judíos deicidas", etc. etc.

Puente de la Trinidad, a tope, dos clarínas e iniciamos "la subida". Rincón predilecto, Palafox, por cierto ocupado por coches; no obstante el Jesús, la Verónica y el nuevo se enteraron. San Juan, como al parecer, padece otitis alérgica al clarín, no quisimos irritarle y pasamos.

Reagrupamiento de clarines, en el rincón de la Audiencia; los balcones abarrotados (Jesús sube lento, da signos de cansancio y dobla; la turba se enardece, los romanos se acojonan... y enganchan a un labriego que pasaba por allí, a oler, le dan dos tragos de cazalla y hala a tirar del anda. Los clarines que ven la escena, arremeten contra el Justo, los tambores les secundan y ¡oh paradoja! Jesús se levanta, titubea, recuerda las profecías y continúa su empinado y expiato-

rio camino, solo la Verónica se apiada de él; mientras los apóstoles, excepto San Juan, ahuecan el ala poco a poco). Por fin dobla la curva, a la que "asome", clarín sublime, repetimos; con el Jesús ya encima, doblamos el angosto trecho de San Juan, cruzan los banzos y alguna costilla que otra y seguimos; Peso, casa Molina, con recuerdo emocionado, los Oblatos, juzgado viejo, casa Aguirre, antigua farmacia de Enr. Rubio, antepuerta y por fin Plaza Mayor; clarinadas de época, tres, cuatro, hasta enmudecer.

Tras un leve refrigerio, diez minutos, que lo consumimos en pijitorios improvisados por el barrio de San Martín, procedemos a la bajada. Así como la subida fue: puntual, brillante, equilibrada en casi todo momento sus componentes sacro y profano; en la bajada se perdió toda medida y la turba, como poseída por fuerzas luciferinas, se transformó en un tropel de cafres, más propio de un aquellarre pagano que de una manifestación sacra. Bajamos a trompicones, en avalancha, incapaces de hilar el clarín ni el tambor.

En este pandemónium, la turba invadió al San Juan, al que prácticamente paralizaron, impidiéndole lucir, sus inigualables bailes.

El los misereres no se salió ni entró puntualmente. Harto ya y sin poder creer lo que estaba viendo, a pie de calle, decidí "volar" al balcón de Jaime Velasco, un tercer piso de Alfonso VIII, esquina a los Oblatos, encima mismo del grupo polifónico de los misereres.

El panorama era desolador, la marea humana era incontrolable, si a ello sumamos las prisas por guardar el horario de la salida de las once, el caos está asegurado.

Sin poder remediar cierto excentricismo y añorando un poco aquel grupo (de los doce) residual, de la fase gremial fundadora (hace más de cien años, de las turbas actuales, bajo los auspicios siempre de nuestra Hdad. del Jesús del Salvador) y sin cuya dirección integradora al resto del pueblo, muy probablemente las turbas no hubieran pasado de la década de los cuarenta. Y retornando al siglo XXI, que hacer.... le digo a mi entrañable amigo Jaime, despidiéndome (con la torrija en la mano) doctores tiene la iglesia... hermano, me contestó la sabiduría popular, tras cruzar la calle Madre de Dios, aún pudimos, desde la curva del Peso, despedirnos del Jesús, en una de las entradas, con marcha atrás repetida, más emocionantes que he visto.

Detrás bajaba "el predilecto" de Cristo y de Marco Pérez, moviendo sus atarres, verde y grana" y la palma, con tal aire y gracia, que muchos interpretamos como un adiós esperanzador. Amén.